

Los años de la espiral
Crónicas de América Latina

Los años de la espiral
Crónicas de América Latina

JON LEE ANDERSON

TRADUCCIÓN DE DANIEL SALDAÑA PARÍS



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © JON LEE ANDERSON, 2020

Primera edición: 2020

Traducción
© DANIEL SALDAÑA PARÍS

Imagen de portada
© SEBASTIAN LISTE / NOOR

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2020
América 109
Colonia Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México, México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
GRAFIME

Impresión
COFÁS

ISBN: 978-84-18342-06-6
Depósito legal: M-26654-2020

Impreso en España



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte

En memoria de los que han ido:

Leonardo Acosta
Françoise Arnesen
Mercedes Barcha
Fernando Barral
Tina Firmignac
Vanadia Humphries
Michael Jacobs
Nick Richards
Macky Sánchez de Córdoba
David Sullivan

Y bienvenida a los que han llegado:

Agnes, Alma, Beau & Ingrid,
Azalea y Jovicitas,
Antia, Eva y Nicanor

ÍNDICE

PRÓLOGO: Los años de la espiral	11
La buena samaritana	23
Lecciones funerarias: del Che a Bin Laden	41
Chávez, cáncer y Cuba	45
Hobsbawm y los bandidos	49
El señor de la miseria	53
Posdata: Hugo Chávez (1954-2013)	87
Neruda, Pinochet y la Dama de Hierro	93
Detectives privados	99
El canal del comandante	127
Entre risas con Gabo	159
Obama y Castro hacen historia	165
Levantar la cortina	171
Una bandera estadounidense en Cuba	193
Las réplicas del temblor	197
La vida secreta de Ciudad de Panamá	219
Dilma Rousseff y el año horrible de Brasil	223
La cultura de la corrupción en Argentina	229
Una tribu aislada emerge de la selva	237
Noventa años de Fidel Castro	269
Un acuerdo de paz en Colombia, por fin	275

Los prófugos estadounidenses de La Habana	283
Una nueva Cuba	291
Posdata: Fidel Castro (1926-2016)	325
Posdata: Ciro Roberto Bustos (1932-2017)	331
La guerrilla colombiana sale de la selva	337
Manuel Noriega, un gandul de otra época	357
Cómo lidia México con Trump	365
La revolución acelerada de Nicolás Maduro	387
El sueño de la independencia puertorriqueña y la historia de Heriberto Marín	417
La vida eterna de Pablo Escobar	427
Mientras Castro se prepara para dejar el poder, la política de Trump en torno a Cuba es un camino a ninguna parte	455
Lula se derrumba y la democracia brasileña luce inestable	463
El diplomático que renunció al Gobierno de Trump	469
Una nueva revolución en México	491
<i>Fake news</i> y disturbios en Nicaragua	517
Jair Bolsonaro, favorito para la presidencia de Brasil: mitad Donald Trump, mitad Rodrigo Duterte	537
El arzobispo Óscar Romero ya es santo, pero su muerte sigue atormentando a El Salvador	543
El misterioso síndrome de La Habana	551
La estrategia sureña de Jair Bolsonaro	589
Los dos presidentes de Venezuela	615
Oro sangriento en la selva brasileña	645
El palacio quemado	675
RECONOCIMIENTOS	705

LA BUENA SAMARITANA

31 de enero de 2010

La mañana del lunes 18 de enero salí en coche con Frantz Ewald, pintor nacido en Haití, desde la colina que ocupa el suburbio de Pétionville, donde me alojaba, hacia Puerto Príncipe. Habían pasado seis días desde que se produjera el terremoto y la ciudad seguía sumida en el caos. Mientras los rescatistas removían escombros en busca de sobrevivientes, los habitantes recorrían las calles tratando de conseguir agua, comida y gasolina. En Pétionville había una gasolinera abierta y por la mañana se había formado una larga fila de coches; entre ellos se veían hombres y mujeres a pie, sosteniendo bidones de plástico y esperando con ansias su turno de usar la bomba. Una mujer mayor se acercó a la gente que hacía fila y pidió ayuda respetuosamente. El cadáver calcinado de un hombre, un supuesto ladrón, yacía en la banqueta al otro lado de la calle, frente a un banco. Tenía la cabeza aplastada y las piernas extrañamente dobladas detrás de él, y un montoncito de basura se había ido formando a su alrededor. Al pasar por ahí, la gente se tapaba la nariz y la boca con la mano, por el olor. A unos pocos metros de distancia, unos jóvenes vendedores ambulantes ofrecían tarjetas de prepago de una compañía telefónica a los automovilistas que pasaban.

Frantz y yo íbamos en su camioneta Toyota negra, y no habíamos avanzado mucho cuando frenamos para dejar pasar a un grupo de adolescentes que cruzaba la calle frente a nosotros. Los guiaba una mujer joven y alta, vestida con una blusa blanca y una falda larga y negra. La seguían como si fuera una especie de Flautista de Hamelín. Al pasar frente a nosotros, la mujer nos miró de reojo con agradecimiento, y continuamos.

Cuatro o cinco horas después, en la planicie que rodea el aeropuerto de Puerto Príncipe, vimos de nuevo a esa mujer y a sus seguidores. Formaba parte de una aglomeración de curiosos a las puertas del aeropuerto, donde los aviones de la ONU y de Estados Unidos aterrizaron en la pista que había más allá del pequeño edificio de la terminal. Nos detuvimos y la saludamos con un gesto, y ella nos habló —para nuestra sorpresa— en inglés, con un acento del sur de los Estados Unidos. Dijo que se llamaba Nadia François y que era de Delma 75 —un barrio situado a unos ocho kilómetros, en lo alto de las colinas—. Había bajado, dijo, en representación de unas trescientas personas de allí que necesitaban ayuda. Nos tendió un papel con un mensaje escrito a mano que acreditaba su misión, firmado y sellado por un pastor protestante. Nadia había guiado a su grupo hasta el aeropuerto tras escuchar que el Ejército estadounidense estaba repartiendo comida.

Le dijimos a Nadia y a sus acompañantes —nueve en total— que se subieran a la parte de atrás de la camioneta, y nos fuimos a buscar comida. Pese a los rumores que habían atraído a cientos de haitianos hasta la carretera del aeropuerto, donde se habían reunido y vigilaban esperanzados, nadie repartía comida en aquel lugar. Seguimos hasta un campo cercano donde había tiendas de campaña y suministros de ayuda marcados con banderas de doce países distintos, o más, pero aquello era un campamento, no un punto de distribución de víveres. Le preguntamos a un soldado del cuerpo de paz dónde podíamos encontrar ayuda; dijo que no sabía. Alguien nos dijo que estaban repartiendo comida en una fábrica cercana, donde los dominicanos habían instalado una base, así que fuimos hacia allá.

La primera ayuda en llegar a Haití, la más visible, provino de la vecina República Dominicana. Cuando entré al país por primera vez, a primera hora de la mañana del 15 de julio, atravesé la frontera junto a una larga fila de vehículos que transportaban suministros de ayuda. Había también una caravana de camiones, conducidos por soldados, en los que se leían mensajes anunciando que el envío era un gesto personal del presidente dominicano, Leonel Fernández.

Ahora se estaba consolidando una vasta red de auxilio internacional. Cada día llegaban equipos de rescate y de ayuda humanitaria provenientes de todo el mundo: de España, Francia, Rusia, Israel, Venezuela y Cuba, así como de los Estados Unidos. Apareció por ahí un grupo de científicos con camisetas amarillas, lo mismo que uno de los Caballeros de Malta. Incontables toneladas de ayuda habían llegado en avión o estaban en camino. Pero la distribución de víveres era caótica y las masas desesperadas terminaban desbordando cada punto de entrega. Por toda la ciudad había pancartas y cartulinas pidiendo ayuda. Sólo los más pacientes y motivados parecían obtenerla.

Nadia contó que había crecido en Miami con su familia. Dijo que tenía 36 años, «casi 37», y hacía sólo dos que había regresado a Haití. Le pregunté por qué había vuelto. Esbozó una sonrisa compungida y dijo que «había sido mala» y que había tenido «dificultades migratorias». Durante la última semana se había convertido en el principal medio de subsistencia de su comunidad. Bajaba todos los días hasta el centro de la ciudad e intentaba regresar con comida y otras provisiones básicas.

En el almacén dominicano de alimentos, los miembros de un destacamento peruano del cuerpo de paz de la ONU se aferraban nerviosamente a sus escudos de acrílico y sus rifles de asalto mientras intentaban contener a una gran muchedumbre de haitianos que se habían juntado a ambos lados de la reja de entrada. Los soldados estaban agobiados, con las caras rojas, y cuando detuvimos el coche para hablar con ellos respondieron a gritos, como si el ruido de la multitud los hubiera ensordecido. Los convencimos de que nos dejaran pasar y adentro encontramos una escena tumultuosa: iban y venían camiones, y los civiles que se habían colado a la entrada se mezclaban con policías haitianos, soldados dominicanos y, enfundados en sus camisetas amarillas, decenas de voluntarios del haitiano Ministerio de la Condición Femenina —legado de la presidencia populista de Jean-Bertrand

Aristide—. Había una funcionaria del ministerio en el muelle de carga del almacén, donde apilaban desordenadamente la ayuda humanitaria en los camiones.

La ayuda consistía en bolsas de plástico con las provisiones básicas para mantener a una familia por un día: arroz, harina de maíz, frijoles, sardinas y salchichas de Viena. La funcionaria llevaba un vestido estampado con una pañoleta a juego en la cabeza y unos grandes lentes de sol, y hablaba por su teléfono celular con atención y sin pausa. A su alrededor se producían discusiones mientras que personas no autorizadas intentaban saltarse la última barrera para llegar a los víveres del muelle de carga. Una mujer de aspecto feroz que llevaba un paliacate puesto llegó hasta allí y comenzó a gritar que quería comida. Un soldado le dio un empujón. Ella le gritó al soldado y él la empujó de nuevo. El soldado se quejó de que la mujer había estado allí el día anterior y estaba robándose los víveres para lucrar con ellos.

Un coronel del Ejército dominicano, de aspecto desdichado, intentaba supervisar todos los procedimientos. Le dio permiso al grupo de Nadia para tomar algo de comida y después añadió, con un ligero tono de disculpa, que tenía órdenes de distribuir la comida a través del Gobierno haitiano, y que por tanto no tenía permiso de entregarla directamente a la gente de la ciudad. El coronel nos condujo hasta la funcionaria del ministerio, quien se quitó el celular de la oreja y nos prestó atención mientras exponíamos nuestro caso. La funcionaria miró a Nadia con severidad, asintió con la cabeza y volvió a su teléfono.

Cargamos unas setenta u ochenta bolsas en la camioneta, las aseguramos con unas correas de plástico amarillo para transporte de mercancía y nos dirigimos hacia el portón. Afuera el gentío era aún mayor y los soldados estaban alterados. Nos gritaron que aceleráramos y que no nos detuviéramos por nada, ya que la gente podría lanzarse sobre nuestro vehículo para obtener alimentos. Pisamos el acelerador a fondo y logramos pasar a la multitud; de camino hacia las colinas

condujimos con precaución por calles secundarias. Al cabo de unos pocos kilómetros nos detuvimos en una calle de clase media, flanqueada por árboles, en la que había un espacio baldío entre las casas, en una curva del camino. Un precario toldo multicolor, hecho de sábanas y lonas, cubría aquel espacio y, a su sombra, un gran número de mujeres y niños descansaba sobre colchonetas que habían sido dispuestas sobre el pavimento.

En un extremo del toldo terminaba la calle y el asfalto se interrumpía abruptamente. Más abajo, en un barranco de unos diez metros de profundidad y unos treinta metros de ancho, se encontraba la comunidad de Nadia: Fidel —bautizada así en honor a Fidel Castro, según nos explicó—, donde vivían ella y otras cien personas. (Delma 75, me di cuenta entonces, era la calle que pasaba frente al barranco y que aparecía en los mapas de la ciudad; la comunidad Fidel estaba al margen de la oficialidad). Era un lecho de río seco, lleno de piedras, cubierto por una geometría de viviendas de bloques de concreto y trozos de lámina, una de las cuales era la casa de Nadia: una estructura de cemento de unos cuatro metros cuadrados que rentaba por el equivalente a trescientos dólares al año.

La mayoría de los habitantes de Fidel se habían mudado calle arriba para dormir bajo el toldo. Vivían con temor de las continuas réplicas y no querían estar en el barranco si se producía otro terremoto. Nadia señaló una sección rota de un muro de hormigón y piedra en el extremo de la cañada; alcancé a ver allí los cimientos de un desarrollo residencial incompleto. Nadia contó que los habitantes de Fidel le habían pedido al promotor inmobiliario que no levantara el muro tan cerca del borde del barranco, pero que el hombre los había ignorado. Durante el terremoto, una sección del muro se derrumbó sobre la vecina de Nadia, la golpeó en la cabeza y la mató.

Desde la camioneta, Nadia pidió ayuda y un grupo de niños y jóvenes pronto empezó a llevar las bolsas de comida hasta una pequeña y rudimentaria iglesia protestante, la Église Pancotista Sous Delovy. La iglesia, construida en un costado